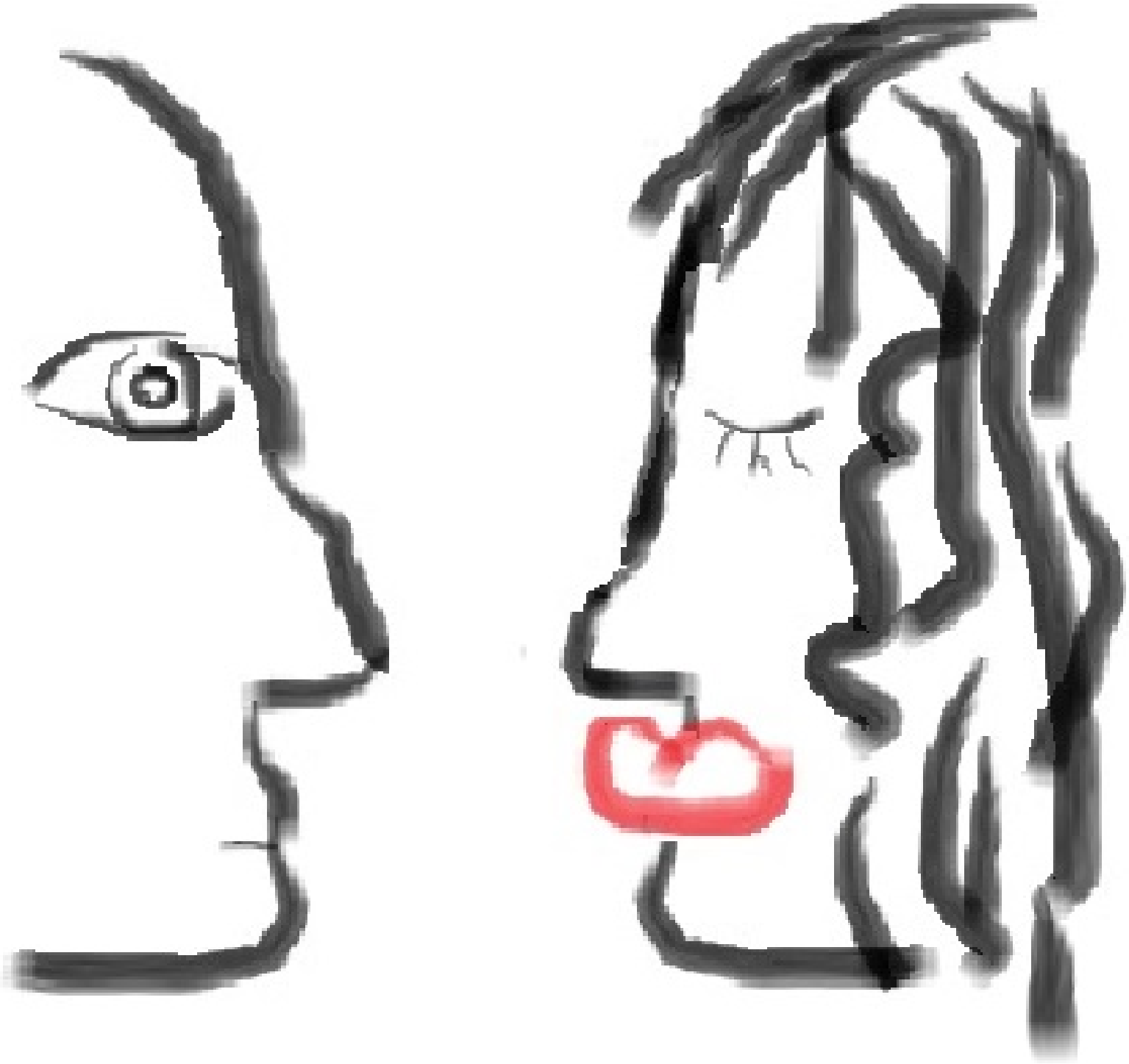
Encuentro sin destino

A. Glez



Capítulo 1

Faltaban nueve minutos para que dieran las ocho de la mañana. Sabía que inevitablemente llegaría tarde a su trabajo, una vez más. Después de todo, esa situación ya le resultaba apenas un poco menos ordinaria que su empleo. En vano, la joven demostraba genuina urgencia, una sensación de prisa estaba presente en cada paso que daba. Como si existiera la posibilidad de que su actitud ante su demora fuera a cambiar los hechos. Iba a llegar tarde y no le podía importar menos. Era así de simple.

Apenas y logró colocarse cada uno de los zapatos en el pie correcto, mientras avanzaba con paso apresurado a la puerta de su apartamento. Salió sin cerciorarse si había asegurado la puerta, como ya le era costumbre. Siempre andaba en apuros de tiempo. Lo que no era habitual es que tomara el elevador para bajar a la recepción del edificio. Siempre era fiel a las escaleras, no tanto por lealtad a ellas sino por desconfianza al elevador. Por alguna razón que sólo el destino -casualidad para los escépticos- conoce, aquella mañana, sin pensar en alternativa, se dirigió sin hesitar hacia las puertas del elevador al ver que aquellas se cerraban casi por completo. Para su fortuna o infortunio o ambos, ese día, el hombre que se encontraba dentro del mismo, detuvo las puertas, permitiendo que ella alcanzara a entrar.

Una mujer favorecida por la belleza de la juventud aunque viciada de ingenuidad y un hombre aún más agraciado por su experiencia que por sus sobrados dotes físicos, por coincidencia se fueron a encontrar.

Al notar la cara del hombre, mirándole fijo a los ojos, la joven sólo pudo articular una palabra de mera y rígida cortesía.

-Gracias. -Dijo ella sin más.

-No tienes por qué agradecerme. A decir verdad, no he podido resistir el placer de conocerte.

-Lo lamento por usted. Las debilidades pueden hacernos pasar un muy mal rato.

Él sonrió, y volteó la mirada al tablero del elevador.

-¿Sótano? -Preguntó él para saber si la casualidad los llevaba al mismo destino, al menos, en ese momento.

-No, Estancia. -Respondió ella sin mirarle.

-No sé a dónde te dirijas, pero parece que llevas prisa. Mi auto está en el estacionamiento del edificio, si gustas, puedo llevarte a tu destino. Si me

permites ese placer, espero no me consideres débil por ello. -Dijo él con una pícara sonrisa.

-No, gracias. Prefiero caminar, no voy tan lejos de aquí. -Respondió ella con una inmutable solemnidad sin caer ante el evidente encanto de aquel hombre.

- ¿Vas a tu trabajo? ¿Trabajas por aquí cerca?

-Cualquiera que sea mi respuesta, seguramente, sería aún menor su relevancia que las probabilidades de su genuino interés en saberla.

-Posiblemente. Pero eso no hace que pierda mi curiosidad. No creo haberte visto antes. ¿Visitabas a alguien? Por algún motivo, siento que tu rostro debería resultarme familiar. De casualidad tú y yo, no sé, tal vez hemos tenido algún encuentro…

- ¡Por favor! No suelo tener tan mal juicio. -Dijo ella sin hacer esfuerzo para evitar mostrar una sonrisa provocada por sentirse con razón de su primer juicio sobre él.

-Crees que relacionarte conmigo sería tal desgracia y aún ni me conoces. -Respondió él con desenfado, ya que al parecer le resultó algo graciosa la afirmación de aquella joven.

-Tratándose de desconocidos, las primeras impresiones bastan.

-Eres muy prejuiciosa para ser tan joven. Además, no sé en qué hechos sostienes tales acusaciones.

-No se acuerda de haberme visto nunca antes en este edificio, siendo que en diversas ocasiones nos cruzamos por el pasillo frente a la puerta de mi departamento...

-No te creo, debería recordarlo.

- Comparto el departamento con mi compañera, de quien decirle el nombre sería en vano, ya que seguramente le resultaría difícil de encontrarle en su memoria, aún si ahora ella estuviera enfrente suyo...

El hombre hizo una mueca de sorpresa anticipada, más por burla pretensiosa que por ofensa. La joven lo notó sin interrumpir su dicho.

-... Así que, sólo diré que fue con ella con quien sostuvo, lo que usted llamaría, “un encuentro”. Al igual que lo ha hecho con otras mujeres del edificio, de las que puedo imaginar que, así como pudiera identificarlas por su nombre lo mismo podría identificarlas por cuantía. Su memoría no hace distinción de lo que le resulta inútil. Si bien lo he prejuzgado, no lo

he hecho sino basándome en el resultado lógico de la observación.

-Entonces, mi fama me precede, ya veo. Apreciaría más los honores del reconocimiento que haces de ella de no ser que he trabajado arduo por conseguirla.

-Debe ser muy agotador trabajar por una reputación como tal.

-Especialmente, cuando todos te ven a través de los ojos de Dios durante el juicio final, y con una mirada te condenan por la eternidad. Como tú, hace un momento que…

-¿Fui tan obvia? Discúlpeme si me superó la expresión de mi rostro. Usualmente, me gusta mantener el misterio, supongo que arruiné el momento. –Le interrumpió con tono sarcástico.

-Creo que ya te voy entendiendo.

-Dudo que pueda. Ni remotamente posible.

-Sí. Te gusta jugar a ser fría. Eres del tipo de "no me importa herir tus sentimientos", pero eres una joven inocente que no conoce…

-¡Oh no! Ve dentro de mi alma como nadie antes, y apenas si nos conocemos. ¿Cree que será el destino? – Interrumpió nuevamente, con tono irónico, al hombre.

-¡Aja! Lo sabía. Te ves tan dulce e inocente. Tenía que ser cierto.

- ¡Por favor! No creerá usted que sean ciertas esas bondades en persona alguna. O hasta no ver... ¿Es sólo escéptico?

-No creo en nada que no sepa cierto, y en ese caso, lo que yo crea sale sobrando.

-¿Afirma saber con certeza de los atributos de una persona que acaba de conocer hace unos minutos?

-Si me permite la libertad de aseverar como cierto lo que mis ojos ven, entonces sé bien lo que digo.

-Y sus ojos le permiten ver la dulzura…la inocencia.

-El que carezca de ciertas virtudes no me hace desconocerlas, por el contrario, puedo reconocerles con mayor facilidad. Lo que falta, comienza por necesitarse y termina por añorarse. No se puede ignorar lo que se

adora.

- Pero no puede adorar lo que ignora. No me conoce, ¿cómo se piensa capaz de reconocer en mí virtud alguna? Si no le he permitido conocer en plenitud mis vicios, menos sabe de mis virtudes.

- Lo dices muy segura. Pero no importan las palabras. Los hechos son los que cuentan la verdad.

- Y ¿los hechos son…?

El elevador se detuvo con abrupción. Ambos permanecieron un par de segundos en silencio, se volvieron a ver mutuamente a los ojos sin mayor expresión. El hombre quitó su mirada de la joven y presionó el botón de emergencia que se encontraba en el panel del elevador.

-Supongo que los hechos son que estamos encerrados…hasta Dios sabe cuándo. -Dijo él.

-Siempre tomo las escaleras. El único día que por azar elijo el elevador, me concedé la razón de mi desconfianza hacia él. En ocasiones como esta preferiría equivocarme en mis juicios. Hoy la mera casualidad nos encontró al mismo tiempo en el mismo lugar, a usted y a mí. La vida puede ser tan graciosa si te gusta reír.

-Lo cual he de juzgar que no corresponde al estilo de tu ánimo.

-Su juicio basado en “hechos” es digno de admirarse.

- No eres tan lista como crees. Si lo fueras, ya hubieras dejado esa actitud pedante.

- Lo que yo crea es irrelevante…sale sobrando, ¿no lo dijo usted? Entonces, los hechos siguen sin saberse.

-Tienes una insolencia que desborda en la arrogancia. No sé si me agrada eso.

-Agradarle es aún menos mi intención que insultarle y, de eso, no tengo propósito alguno.

-Normalmente, me sentiría frustrado por tu actitud tan reacia a complacerme, pero entiendo que puedas estar celosa porque me acosté con tu amiga en lugar de contigo. Debo decirte que, si te hubiera visto antes que a ella, seguramente hubiéramos terminado juntos nosotros y ni la hubiera mencionado si quiera por referencia.

-Y no estaríamos teniendo esta discusión…conversación, como guste llamarle.

-Vaya manera que tienes de arruinar el momento. Sabes que estoy disfrutando de esta conversación.

-¿Más que acostarse con desconocidas de las que no sabe ni su nombre?

-Bueno, si habré de…

-Por favor, no responda.- Interrumpió rápidamente.

-¿Sentirías celos que dijera que no?

-No, eso sería un alivio. Simplemente por respeto, es mejor no hablar de los ausentes.

-¿Alivio?, ¿tanto así?

-Usted y yo sabemos que su respuesta no era un "no".

-Pero no te emociones demasiado. Que de la emoción al afecto, cuesta el infierno.

-Sin duda, debe de haber cautivado con su apariencia a las mujeres que ha tenido. Me cuesta trabajo creer que lo ha hecho mediante tales palabras.

-Será una desilusión para tí si crees que darle tal grado de valor a mi apariencia ha de ofenderme. Te equivocas.

-Y su error es pensar que usted me importa lo suficiente como para molestarme en intentar insultarle. Aún si me tomara tal molestia, no tendría esperanza de lograr ofenderle.

-Creería cierto tu desinterés por mí si te resistieras a responder ante mis instigaciones.

-Confieso que más que regocijarme en ser cortés al responderle, yo también disfruto de permitirme ser curiosa…ocasionalmente.

-Si bien ha sido una declaración de amor inusual, no tengo inconveniente en aceptarla, mas no puedo comprometerme a reciprocarla.

Ella soltó una carcajada.

-Esa risa es un signo de confirmación. -Añadió él.

-La risa suele ser signo de burla. No deje que su objetividad sea nublada por su deseo.

-Eres inesperadamente cínica.

-Inútil sería, contrariar al experto en el tema.

-Ya hasta me hace gracia tu obstinada manera de insultarme.

-Y a mí me hace gracia que usted insista en creer que quiero hacerlo. Pero digamos que, si existiera un premio al cinismo, usted definitivamente podría ser un hombre de digno de llevarse la presea.

-¡Vaya! Por fin, un halago. Debo admitir que sólo soy tan cínico como la vida me permite serlo.

-Por más que quisiera, no podría discutírselo.

-Apuesto a que la vida te parece decepcionante, a decir por tu actitud y por todas esas palabrerías tuyas.

- ¿Se atrevería a argumentar lo contrario?

-Prefiero no responder. De hacerlo, seguramente terminaría decepcionándote en el intento. Pero de no atreverme, saldrás decepcionada por sólo haber asentido con mi silencio sin intentar debatírtelo. De cualquier modo, sería concederte la razón. No quiero darte ese placer. Preferiría proporcionarte el de otro tipo, si dejaras tu arrogancia de lado.

-Pero no se puede tener todo lo que se quiere. Vaya decepción…

- ¿Ves? De cualquier modo, tú ganas.

- ¿Ganar? ¿Cuándo, en la vida, ha sido posible ganar otra cosa que…

-…no sea decepción? Tenía dudas, pero empiezo a creer que eres realmente ingenua, un poco inocente también. Alguien que encuentra inevitable ver la maldad porque se enorgullece de tener el poder de complacerse en aborrecerle. Cuando me viste, mientras entrabas al elevador, noté tu mirada. Me viste más que con desconfianza, podría decir que, casi con desprecio.

-Dudo que pueda saber lo que siento. Pero no se piense especial, no es

que no confíe en usted…

-…es que no confías en nadie, ¿cierto? Y aun así, crees que no soy capaz de notar lo que sientes cuando me ves. Me colocaste en el estereotipo del hombre obscenamente ególatra, ese incapaz de concebir la existencia de sentimientos diversos de los propios. Eso sólo porque disfruto de tener sexo si me place, con quien me plazca.

-No me atrevo a tomar el crédito que es todo suyo, ciertamente, los estereotipos se hacen solos. Además, no se trata tanto del concepto en el que le tengo como de aquel en que usted cree que lo hago... Que no es otro que en el que desea que le tenga.

-Mejor si me subestimas, así puedo sorprenderte como menos esperas.

-Y, ciertamente, lo que menos espero es que sea capaz de sorprenderme.

-Eres una joven ingenua. Puede ser tierno, pero se vuelve aburrido.

-Tal vez. Y tal vez, usted esté lleno de viejos vicios. Puede ser atractivo sucumbir ante el vicio, pero te deja insatisfecho.

Él rió sin verla, luego dirigió su mirada hacia ella, retomando la conversación.

-Piensas saber demasiado.

-Y usted cree conocerlo todo. Apenas y sé mi nombre y, de cualquier modo, ni si quiera sé si eso sea útil. Tal vez lo sea, en caso de que vaya a preguntármelo.

- Tu nombre es lo que menos me interesa ahora. Pero es cierto que mis años vividos no han sido en vano.

-Encuentro esa afirmación un tanto debatible.

- ¿Me crees tan banal, motivado por mera vanidad?

-Si fuera tan ingenua como me cree, probablemente lo pensaría así. No parece darle importancia a lo que otros piensen de usted en tanto pueda obtener lo que quiere de ellos. Se place en hacer lo que le satisface, no busca la admiración tanto como la libertad.

-Entonces, ya sé tu opinión de mí. Eso me permite saber más de ti que lo que crees saber tú de mí. No he de darte la satisfacción de confirmar o desmentir tu aseveración, sólo he de decir que me ha causado algo de

asombro.

-Para un hombre que lo ha vivido todo, lo sorprendente es que eso pueda ser cierto, y aún más asombroso sería que un dicho suyo tenga verdad.

- ¿Eso es todo? ¿Así son las cosas? ¿Tú eres la noble e inocente mujer llena de incorruptible virtud, cuya pureza no es digna del hombre ordinario? Mientras yo, ¿soy el hombre efímero que ha sucumbido ante todas las tentaciones mundanas y cuyos vicios envenenan su alma hasta matarle con la vergüenza causada por el desdén de los honrados?

-Usted, hablando de vergüenza. Debo admitir que tiene buen sentido del humor. Ha de ser su cinismo lo que me hace gracia.

-Tal vez he empezado a desvariar encerrado aquí solo, contigo. Pero por alguna inexplicable razón, que no quiero ni intentar entender, comienzo a creer que me agradas más de lo que creería posible.

- Y mi declaración de amor le pareció inusual. No sé si tal afirmación debería sorprenderme o, incluso, hacerme sentir halagada.

-¡Por fin, aceptas tu afección por mí!

-Es cierto que su presencia logra afectarme tanto que podría llegar a enfermar. –Replicó irónicamente.

-Eres una mujer guapa, tal vez algo inteligente, quién sabe, pero no te estorbaría cultivar la virtud de la cortesía.

-Algo de franqueza no nos estorbaría tampoco. No crea que, igual que usted lo hace, yo no noto la mirada con la que me ve. Sé que me desea. Le excita la idea de mí, de la inocente joven que desea corromper. Espero que mi brusca sinceridad no cause agravio a los buenos modales de su honorable señoría. -Contestó sarcástica.

-La ironía es innecesaria. Y una cosa es que te encuentre atractiva y otra que te desee tanto como crees. Además, no es que me importe, pero esa “brusquedad” puede ocasionarte problemas.

-Confío en la honesta intención de su consejo y, por ello, lo aprecio, pero me temo que para mí ya es demasiado tarde como para intentar seguirle.

-Intentas provocarme. Sabes que estamos aquí, sólo los dos. Quién sabe por cuánto tiempo más estaremos así.

-Aún, si tal fuera mi intención, estoy segura que tiene la fortaleza

suficiente como para resistirse, si así lo desea.

-Tal vez, no sea mi deseo resistirme. ¿Te olvidas que por eso detuve el cierre de la puerta?

-Palabras antes, palabras ahora. Hasta este momento, los hechos prueban lo contrario.

-Tal vez, he sido demasiado amable contigo y he tolerado en abundancia tus infundados insultos.

-Tal vez, es eso lo que quiere. -Dijo calmada pero provocadora.

-De pronto ya no soy digno de tu cautivadora actitud pedante. No soy más que un pobre hombre por el que sientes lástima por haber claudicado de sus viciadas convicciones para someterse a tu necia voluntad. Es por eso que encuentras más conveniente brindarme lastimosos halagos, diciéndome que deseo más complacerme en tu satisfacción que en la propia. ¿Tan aburrido me encuentras ahora que ya no merezco muestra de tu obstinado orgullo? No te equivoques conmigo.

-Si hay algo a lo que siempre temo, eso es equivocarme con el juicio que he de hacer acerca de alguien.

-Pues entonces, deberías ser más cautelosa con cualquier que sea el juicio que hayas hecho de mi hasta ahora. Dudo que sea certero viniendo de alguien tan insolente y que ni si quiera ha vivido lo suficiente como para ser capaz de distinguir la realidad de la ilusión.

-Su desesperación es tan evidente. Pero para obtener de mí una respuesta "insultante" motivada por mi actitud insolente, va a necesitar más que esas insulsas acusaciones suyas sobre mi inexperiencia en el engaño, sobre el cual, dadas sus afirmaciones, debo asumir usted cuenta con amplia experiencia. Y, ¿no fue usted el que dijo que carecer no es desconocer?

-Tu sobrada confianza es atractiva pero inútil. Te darás cuenta que, si bien intentabas ignorarme con tu respuesta, así también sabes que no lograste más que complacerme con cada palabra que elegiste para ella.

-Y yo soy la arrogante e insolente…

- ¿Por qué no puedes aceptar que también te sientes atraída por mí? Que el hecho de que represento lo contrario a ti te causa fascinación, que las mismas razones por las que me encuentras repulsivo son las mismas por las cuales me deseas. Que reconoces en mí lo que no tienes porque soy lo

que tú no eres, y nunca podrás ser.

-Creo que le falto añadir que encuentro igualmente atractiva su perspicacia. -Añadió con tono burlón.

-No hay sarcasmo suficiente que te permita eludir la verdad. No importa si te niegas a aceptar que te atraigo, eso no cambia las cosas. Te atraigo tanto como tú a mí, eso lo sabemos los dos.

-Nunca lo he negado, si lo hice fue inintencionadamente. ¿Cuál es la ganancia en negar la verdad?

-Podría tomar tal honestidad como invitación a tomarte en mis brazos y besarte, por decir lo menos.

-Pero no lo hará. Sabe que el tenerme no le dará más satisfacción que la mera idea de ello podría hacerlo. Usted lo ha dicho, le excita la sola idea de mí, de creer que soy lo contrario a usted, que soy lo que usted no es, no podrá ser y nunca será. De llegar a poseerme, ¿qué seguiría motivando su deseo por mí? Acaso, ¿no es que me desea por creerme esa inocente e incorruptible mujer que nunca podrá ser presa de un hombre que no puede resistirse ante la ligera tentación del vicio mundano que seduce a aquellos que sabe ordinarios? Si intenta poner una sola de sus manos sobre mi cuerpo, sabe que sentiría corromper hasta la pureza de mi espíritu con esa sola acción. Sería eso suficiente para acabar con su deseo y así, avivar un desprecio hacia mí, del que ahora desconoce su existencia.

-Y, ¿crees que un hombre incapaz de resistirse a los vicios del mundo tendrá claridad de consciencia para no sucumbir ante esa provocación que le tienta a entregarse al mayor de sus deseos?

-Bien creo que podrá dejarse llevar por el deseo, y lo hará. Pero ¿sería capaz de quebrantar su carácter? ¿Podría olvidarse del deseo de complacerse a sí mismo? Si llega a hacerme la más delicada caricia, sabría que ha decidido entregarse a mí, que esa idea de pureza y decencia que le hace retorcer las entrañas dejará de ser por buscar volverle realidad. De sucumbir ante su absurdo y necio deseo, lo que era ya no será. En vano, quebrantará su carácter egoísta que no vela más que por el mero placer de su carne a cambio de perseguir la aborrecible simpleza que representa una mera idea capaz de estimular su mente hasta burlarla. Peor aún, ¿ha de ser capaz de alejarse de su carácter que es el que me atrae, aún más que su cuerpo? ¿Se excitaría, tanto como lo hace ahora, de saber que no lo encontraría ya atractivo si decidiera ignorar los atributos de ese carácter suyo?

-Entonces, entiendes qué tan obstinado puede ser mi deseo si, la

necedad, tú la conoces bien.

-Si ha tenido y puede tener cuántas mujeres quisiere, a las que les ha otorgado no más que la importancia que su vaga memoria le permite darles, ¿cómo podría tener mayor sentido el lograr tenerme que tan solo el desear poseerme? Si me tuviera, no sería menos distinta a las demás mujeres que ha poseído. No encuentro el provecho para usted, en tal necedad.

-El egoísmo lo puede volver a uno caprichoso. Los caprichos no dan cabida a una negociación provechosa ni justa. Es más emoción que razón.

-Posiblemente, pero no me parece que sea un hombre de caprichos, por más emocionantes que le resulten.

-Por mucha que sea la excitación que me provoca la sola idea de ti, de tu inocencia, no deberías subestimar mi deseo por tu cuerpo.

-No lo hago. Pero tampoco subestimo su razón.

El elevador, finalmente, comenzó a moverse nuevamente.

-Parece que nos movemos ya…

-Creo que todavía alcanzo a llegar a tiempo. – Dijo ella, con un tono burlón.

Ambos rieron con tono discreto. No pasó mucho tiempo para que se volviera a detener el elevador, pero esta vez, sólo para que las puertas se abrieran. Ya había llegado a su destino. Ella debía salir ya, sabiendo que ese sería el fin de aquel encuentro. Antes de que las puertas cerraran nuevamente, él, al verla poner pie en “tierra firme”, más por nostalgia que por utilidad, dijo:

-Entonces, ¿cuál es tu nombre?

Ella se volvió de frente a él, sonriendo sin decir palabra y, mientras lograban darse una última mirada fija a los ojos apenas por un segundo, las puertas se cerraron frente a ellos. Ambos supieron que esa sería la historia. No sería nada más que otra historia para olvidar. Una conversación que luego jamás habrían de recordar. Cada quién seguiría su camino sin volverse a cruzar, así lo habían decidido. Ninguno de ellos querría exagerar un momento preciso hasta convertirle en una incesante incertidumbre.